



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

In memoriam
Contribuciones desde Coatepec, núm. 4, enero-junio, 2003, p. 0
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100411>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

In memoriam

MIGUEL ÁNGEL FLORES GUTIÉRREZ

Uno de los móviles más eficaces en la búsqueda de la verdad, lo constituye, sin duda, el afán de reconocimiento. Todo acto arduo emprendido por el hombre, en el fondo, reclama un reconocimiento.

En el hombre ser y quehacer son una y la misma cosa, alguien es reconocido por lo que hace y por la manera de hacerlo; el ser del hombre es resultado del quehacer que éste realiza dentro de una comunidad. El reconocimiento proviene de fuera; digamos que es el modo de ubicar en el contexto de las relaciones intersubjetivas el trabajo del otro.

Desde luego todo hombre merece respeto, y merece también valoración, pero no todos merecen el mismo grado de aprecio y consideración. No toda obra vierte semilla para el desarrollo intelectual.

Para nuestro gusto una obra filosófica es todavía más fecunda, en la medida que nos permite plantear y replantear nuevos enfoques a los problemas sempiternos del conocimiento.

Lamentablemente, no sé por qué razón, en nuestro ambiente, palpita una sombra voluble, la cual no nos permite o más bien nos cohibe reconocer en su justa dimensión una obra, mientras el autor todavía en vida la profesa. Tenemos que aguardar la muerte de aquél para que la comunidad comience a pronunciar de boca en boca los hallazgos del hoy ausente. Esto pareciera demostrar que en el fondo somos demasiados egoístas; tal vez porque el acto del reconocimiento implica un colocar por encima de quien realiza el reconocimiento al reconocido. Tal vez porque en el acto del reconocimiento existe una voz embozada de admiración; o tal vez porque nos da pena declarar que alguien es más grande que nosotros.

Sin embargo cuando ya no está físicamente el autor de una obra que merece todo nuestro aprecio comenzamos a valorar el esfuerzo y el legado que deja para la posterior investigación. Ahora ya no tenemos que disminuir nuestra estatura para pronunciar una admiración pública.

Gerardo Armando Rodríguez Casas trabajó más de 25 años en nuestra Universidad. Durante su estancia vio pasar y pudo formar a muchas generaciones. En la Facultad

siempre se le miró como un personaje de respeto. Figuraba como el profesor de los mejores hábitos; propugnó por un modelo integral de hombre.

Hoy queremos rendir un homenaje a un personaje íntegro, que académica y físicamente se preocupó por llevar una vida sana. Pero, paradoja de la vida, la muerte lo llamó repentinamente.

Recordamos a Rodríguez Casas como coordinador de la Licenciatura en Filosofía, y por ello gran promotor de la carrera; coordinador de Posgrado, en donde siempre buscó calidad, consolidación, integración académica: fruto de su interés y colaboración es nuestro programa de Maestría y Doctorado en Humanidades. Fue también director de las revistas *Pensamiento* y *Contribuciones desde Coatepec*, cargo que cumplió con eficiencia. Su figura de alta vocación para la generación y aplicación del conocimiento le valió tener el reconocimiento del PROMEP, el Sistema Nacional de Investigadores y la Nota Laudatoria Institucional.

Pero el valor que le apreciamos en este momento es que vive entre nosotros por su pensamiento, y nos deja un legado de interés por las humanidades, cuyas disciplinas fueron su preocupación y vivencias cotidianas. Por eso le agradecemos y le estimamos.

Su visión humanista surgió ante la división de pugnas, y división del hombre contemporáneo: Rodríguez Casas se enfrenta con un hombre fragmentado. Se enfrenta con una epistemología fragmentada también. El escenario se antoja cual una vasija rota en sus partes, dispersa en su cometido, dividiendo a los hombres. Este panorama no sólo pertenece a la situación espacial del autor; vale la pena resaltar que es la condición de la gnoseología contemporánea, la cual nos enfrenta ante esta cruda realidad de la fragmentación.

Podemos afirmar que en la obra de Rodríguez Casas se encuentra una dirección ante tal circunstancia. Al respecto cito un pasaje de su libro *Hacia una epistemología integral*: “La motivación inicial de la que partió esta investigación fue la gran confusión y desorientación, que se hacía patente en los alumnos frente a la múltiple división de la filosofía y de los filósofos, así como de sus maestros, en sus tendencias, explicación y fundamentación del conocimiento... fue lo que me incentivó a buscar las condiciones primordiales de la escisión gnoseológica: de ahí partió la hipótesis objetiva de que en la experiencia cognoscitiva de la humanidad deben encontrarse las estructuras que habían propiciado aquella escisión, analizar sus causas para superarlas en un movimiento inverso de unificación” (p. 12).

Es así que esta búsqueda del camino de la unificación le ocupó buena parte de su vida, y la halló en lo que denominó “epistemología integral”.

Vaya, pues, un reconocimiento, a quien nos heredó una expresión y una palabra, aunque físicamente ya no se encuentre aquí, su verbo aún retumba en las aulas y los foros de esta Facultad. Sin duda seguiremos dialogando, pues un pensamiento no se calla con la muerte. Seguiremos discutiendo sus ideas, y sin duda vendrán nuevas generaciones que caminen la senda que él comenzó.

Agradecemos profundamente al doctor Rodríguez Casas, ya que sin él, este acontecimiento no tendría lugar.